

Y ya en el tránsito, ya fatigada pero aún pronunciando la palabra Poesía, porque ni en medio de ese transporte apasionado puede apartar de sus ojos esa visión mágica y todavía más allá, hablando del misterio: "en que agoniza el sueño de su sueño más arcano", sigue amándola con "mística violencia".

No he leído en ninguna parte un juicio más justiciero y más ceñido a la verdad que este que Montenegro dedica al primer cuentista chileno, Baldomero Lillo, autor de los cuentos mineros intitulados *Subterránea*. Toda la angustia de esos obreros chilenos que trabajan en las minas de Lota pasa a la sensibilidad del comentador, y de él, al lector de su ensayo. Otra vez estamos en presencia de un genuino escritor chileno, una especie de Gorki nativo que eleva la miseria horrorosa de esas víctimas a un plano artístico ameritado por la piedad y la pasión.

La apreciación de D'Halmar nos revela la personalidad de un novelista de esa generación que brilló entre 1900 y 1910, de un "exquisito" que cultiva, el primero en Chile, la escritura artística y que bajo múltiples influencias —Zola, Daudet, Tolstoi, Ibsen, Loti, Proust— ejerce en su patria un verdadero magisterio literario. Montenegro analiza sus obras principales: *Juana Lucero*, *La lámpara en el molino*. *La pasión y muerte del cura Deusto*. Es una lástima que Montenegro no haya traído su análisis a las obras más recientes de este novelista cuya muerte acabamos de lamentar.

Montenegro es un gran admirador de la vida trashumante y aventurera de Vicente Pérez Rosales, uno de los hombres más pintorescos en la historia chilena. Su entusiasmo llega a la exageración cuando escribe: "*Los recuerdos del pasado* son el libro de cabecera de la literatura chilena", afirmación que aceptaríamos si se refiriera a la del siglo XIX, pero que ponemos en tela de juicio al pensar en obras como *Alsino*, *El hermano asno*, *Canto General*. Yo mismo le sigo en esta admiración hasta el punto de haber traducido al inglés la parte de *Recuerdos del pasado* que se refiere a las experiencias del autor en California.³ La mejor definición que se puede dar de la obra de Pérez Rosales nos la ofrece Montenegro en estas cuatro líneas: "Y esa rica experiencia del mundo, supo don Vicente contarla con tan espontánea campechanía que no parece que tuviéramos un libro por delante, sino que un amigo de la casa fuese detallándonos de viva voz los mil y un trajines de su andariega y contrariada vida". Esto es lo exacto, pero lo que nos cuentan los amigos no tiene nunca categoría literaria, por interesante que sea. El libro de Pérez Rosales vale más por lo dramático vital, por lo humano, que como obra literaria.

Algo parecido podría afirmarse de *La Guerra a Muerte*, comentario de uno de los períodos más brutales de la historia de Chile, y el mismo Montenegro nos da la razón: "*La Guerra a Muerte* en que lucen a parejas la viveza de su estilo, su intuición de los caracteres y ese inagotable in-

³ *California Adventur*. (En col. con E. M. Morby). San Francisco, 1947.

Leyendo *Las Puertas del Secreto* penetramos a la profunda morada de cristal de la verdadera poesía, poesía que no necesita comentario, porque se eleva desde la más oculta fibra al más majestuoso pensamiento con sus propias alas victoriosas.

Maracaibo, Venezuela, 1952.

terés humano que es, a no dudarlo, su virtud más sólida y duradera".

He dejado intencionalmente para el fin de mi comentario el capítulo primero del libro, que trata de la crítica, la bibliografía y la estadística. Al escribir un resumen crítico de la novela en Chile en los últimos cincuenta años el crítico se queda perplejo pensando en toda la basura que existe con el nombre de novela. La dificultad de definir lo que es exactamente una novela también le preocupa, y por fin la necesidad de hacer una revisión de valores "Las facultades distintivas del crítico son las de percibir, comparar, escoger; él ha de interpretar la bibliografía. La labor del bibliógrafo es su auxiliar. Este realiza una tarea inclusiva y cuanto más completa, mejor". Aquí observo que Montenegro no cree en la conciliación de ambas actividades, opinión con la cual yo estoy en desacuerdo, al pensar en escritores como Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, para quienes ambas actividades son de igual valor en la prueba final de la crítica literaria.

Lo que le pasa a Montenegro es que se ciñe demasiado a la observación de las condiciones locales en esta clase de estudios. El comentador de la literatura que desdeña la bibliografía razonada y escribe sobre obras literarias como podría hacerlo sobre modas femeninas o carreras de caballo no merece tomarse como ejemplo. Ese es el caso del señor Ricardo Latcham. El erudito de temperamento, el bibliógrafo serio, que insiste en hacer obra crítica va por camino equivocado. Este es el caso del señor Silva Castro.

Montenegro menciona en seguida al crítico ecléctico —acaso pensando en el se-

ñor Díaz Arrieta— que trata de juzgar al escritor por sus mejores obras. Pero ¿hasta dónde debe llegar la elasticidad del criterio en esta cuestión? Es verdad que el crítico de inteligencia y corazón debe ser piadoso con los jóvenes y alentarles en sus primeros esfuerzos pero de aquí se puede avanzar inconscientemente hasta llegar a esa crítica encanallada a que nos tienen acostumbrados las revistas chilenas en que una camarilla de audaces y mediocres declara geniales a los esperpentos escritos por sus compañeros.

Pone fin a sus observaciones nuestro autor en la forma siguiente: "Algunos casos recientes nos han dejado ver con lamentable coincidencia la disparidad del gusto del crítico con el de la masa de lectores y aun con el criterio de los jurados. La conclusión final parece ser que no debemos remontarnos demasiado alto si no queremos quedarnos solos". Esto es revelador. Es justo que el verdadero crítico no concuerde con la masa de lectores, ni siquiera con aquella masa que se cree iniciada, y mientras menor es la cultura de una sociedad mayor debe ser esa disparidad. También es justo que no esté de acuerdo con el criterio de los jurados, sobre todo si éstos son de compadritos venales. Lo que no es justo es que el crítico inteligente sea un derrotista, tema volar demasiado alto y tema quedarse solo. En esta actitud de Montenegro, que yo estimo acomodaticia, se nota demasiado a las claras la influencia maleante del ambiente.

*

Los cinco autores que estudia Ernesto Montenegro en *De descubierta* son en cierto modo los más representativos en sus respectivos géneros de nuestra literatura. El espíritu de selección es una de las más altas cualidades del crítico literario y Montenegro demuestra poseer este don. Ojalá pueda nuestro compatriota dedicarse de lleno a su obra literaria y llegar a ser un día la sexta personalidad representativa. Pero para esto será necesario que se aleje de Santiago y se vaya a vivir a Quillota.

A. T. R.

Berkeley, Calif., 1952.

Recuerdos de Manuel Ugarte

(En el Rep. Amer.)

En Tegucigalpa, 1911

Residía en la capital de Honduras y hacía mis segundas armas en el periodismo. (Las primeras venían desde Managua, pasando por Guatemala, en ejercicio inicial).

Un día se anunció la llegada del argentino Manuel Ugarte, en prédica anti-imperialista, léase: antiyanquista. Vibró la ciudad enclavada entre canteras. Los jóvenes que pululábamos por los caminos de la prensa, recibimos a Ugarte con palmas de sábado de rosas. Era un Mesías. Vino la inevitable conferencia, el inevitable banquete en algún dudoso hotel de Tegucigalpa. Froylán Turcios se atusaba los mostachos. Redactor del *Nuevo Tiempo* que dirigía Turcios, hice la propaganda de estilo al viajero. Aquí de un recuerdo, cuando Oscar Nizú (doctor Samuel Laínez) pidiera a Ugarte su fotograbado, para la publicidad. Excusa de Ugarte: él no era torero ni cómico: podía dar su fotografía.

Moreno, de bigote recortado. Talento y

algo de ponderación. Una brillantez que, arrancada de Buenos Aires, más bien arrancaba de París. Ahora estoy relejendo el breviario de Vargas Vila acerca de Rubén Darío, en que aparece mencionado repetidamente Manuel Ugarte, bajo el elogio de aquel maestro terrible, que hizo y que derribó reputaciones.

Tengo en un baúl de libros el de Ugarte en que recogió sus recuerdos de aquella jira. Menciona al autor de estos recuerdos, en una lista de los muchachos que le atendimos en la Teguzgalpa.

Partió Ugarte.

En Buenos Aires, 1916.

Viajaba en un tranvía, cuando acerté a reconocer a Manuel Ugarte, en un asiento delantero.

—Don Manuel Ugarte—dije.

Volvió la mirada y estaba hecho el contacto.

Otro día, en la Avenida de Mayo, encuentro ocasional con Ugarte. Este me propone que dé una conferencia sobre el Trata-